

Editorial

Una de las cuestiones que pareciera de suprema importancia para la filosofía, y —mejor aún— para los filósofos, es la memoria y su estrecha relación con la muerte: la memoria que hace salvaguardar el alma y el cuerpo, la experiencia y el acontecimiento, y esa muerte que dignifica y engrandece. Sin embargo, no es suficiente con referirse a estas visiones, que seguramente nos recuerdan la sabiduría de la Grecia antigua, sino traer a esta breve reflexión la pregunta por los motivos de las conmemoraciones. Todos los seres humanos necesitamos recordar; lo requerimos y lo celebramos: *celebramos las recordaciones*, y ello se solidifica con los esfuerzos del pensamiento que terminan por hacer viva la imagen, la presencia y el diálogo directo con el escritor-filósofo.

Por estos días, el nacimiento y la muerte se encuentran —como normalmente suele ocurrir—. Entre otros acontecimientos que marcan esta relación, especialmente quiero resaltar en esta oportunidad los doscientos años del nacimiento de Søren Kierkegaard y los cien años del nacimiento de Paul Ricoeur. El último, juicioso lector del primero, y el primero, un serio crítico de gran parte de los planteamientos modernos. Para la actualidad de la filosofía, una y otra figura representan contribuciones fundamentales, no únicamente en esas reveladoras lecturas sobre el existencialismo, la religión y la relevancia de la narrativa en la filosofía; también en el aporte a la instauración de un nuevo “tipo” de filosofía, aquella que indaga por lo típicamente humano. No quiero decir con ello que otros filósofos no lo hayan propiciado, sino que admiro en estas figuras su deseo de estar y habitar *en lo profundo*, contemplarlo, y desde ahí considerarlo útil y necesario para terrenos como la religión, la ética, la estética y la política.

Es muy corto el tiempo y el espacio para la reflexión sobre parte de sus obras más importantes, pero solamente sugiero la lectura juiciosa de unas que, en especial, representan fuertemente el fondo temporal de la más honda experiencia individual: en el caso de Søren Kierkegaard, *In vino veritas* y *La petición*, y en el caso de Paul Ricoeur, *Vivo hasta la muerte*, título precisamente adoptado desde manuscritos y pensamientos filosóficos que surgen al final-del-tiempo.

Sea esta una oportunidad para recordar que una de las autoras de este número, justamente ahora, pasa por esa experiencia innombrable y trágica —en el pleno sentido— de la pérdida de su hijo, experiencia que la hace coincidir también con Paul

Ricoeur. A ella, a la profesora Patricia Noguera, está dirigido también de modo especial este editorial, el cual le dice que la sabiduría de habitar en lo profundo, que se le plantea como exigencia filosófica, en este momento es lo que motiva nuestro saludo de apoyo y consideración.

María Cristina Sánchez León
Editora